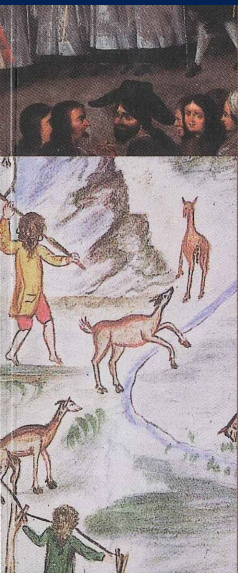




El hombre y los Andes

Homenaje a Franklin Pease G.Y.

Capítulo 71



Javier Flores Espinoza
Rafael Varón Gabai (editores)



Tomo II

Este libro corresponde al tomo 161 de la colección Travaux de l'Institut Français d'Études Andines (ISSN 0768-424X)

© Por el Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima-Perú
Teléfonos: 330-74 10, 330-74 11
Telefax: 330-7405
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-512-6 (rústica)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5220 (rústica)
ISBN: 9972-42-513-4 (tela)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5221 (tela)

Impreso en el Perú - Printed in Peru
Primera edición, diciembre de 2002

Fotografía de solapa

Franklin Pease García Yrigoyen en el decanato de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en noviembre de 1998. Archivo Franklin y Mariana Pease.

Fotografías de carátula

Peruviae Auriferae Regionis Typus (1574), Diego Méndez. Biblioteca Nacional del Perú
Don Felipe Túpac Amaru I (siglo XIX), Anónimo. Museo Nacional de Arqueología,
Antropología e Historia del Perú

El Inicio de la Procesión (siglo XVII), Anónimo

La Procesión del Corpus Christi en el Cuzco. Arzobispado del Cuzco (Fotografía: Daniel Giannoni)

Chaco de vicuñas (detalle). *Trujillo del Perú (siglo XVIII)*, Baltasar Jaime Martínez Compañón (Fotografía: Daniel Giannoni)

Descensión de la virgen al lugar sagrado del Sunturhuasi, Anónimo. Iglesia del Triunfo, Catedral del Cuzco (Fotografía: Colección Privada)

FLORES ESPINOZA, Javier F., ed.
El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y./
Javier Flores Espinoza y Rafael Varón Gabai, eds.--
Lima: PUCP, 2002.

/PEASE GARCÍA YRIGOYEN, FRANKLIN/BIOGRAFÍAS/BIBLIOGRAFÍAS/
POBLACIÓN INDÍGENA/INDÍGENAS/ CONQUISTA/COLONIA/
ETNOHISTORIA/HISTORIOGRAFÍA/ICONOGRAFÍA/ETNOGRAFÍA/
ARQUEOLOGÍA/ANTROPOLOGÍA/HISTORIA/PERÚ/COSTA/SIERRA/
HISTORIA DEL ARTE/HISTORIA ECONÓMICA/HISTORIA DEMOGRÁFICA/
LINGÜÍSTICA/CRÓNICAS/

El Perú en su historia: linderos de un nuevo desafío¹

EL PERÚ REPRESENTA un país cargado con mucha historia. Por su larga data, por la riqueza de determinadas manifestaciones culturales y por su carácter pluricultural. No ha sido fácil abordar la historia del Perú. Promesa, posibilidad. Esos son los términos intermedios elegidos por Jorge Basadre, figura egregia de la historiografía peruana, a la hora de delinear el perfil de lo que fue el Perú emergido de la crisis de la independencia, el Perú republicano. *La promesa de la vida peruana, Perú promesa y posibilidad*, son dos de sus títulos más celebrados.

Esa aproximación de Basadre, de ver el Perú como una promesa, como una posibilidad, encierra un punto de vista concreto. Y muy acertado entonces como ahora. Fuimos promesa, fuimos posibilidad. Pero esa imagen levantada por el joven Basadre sesenta años atrás, fue sucedida por una visión algo revisionista. Para los revisionistas del sesenta en adelante, que pronto buscarían nido en la historia económica, no hubo promesas. Más bien la historia del Perú republicano podía verse como la historia de las ocasiones perdidas. Este contrapunto de pensamiento, esta negación de la promesa, encontró, sin embargo, su expresión más clara en el campo de la literatura. Y bastó una frase, una solamente, de Zavalita, inolvidable personaje de una novela de Mario Vargas Llosa ambientada en los cincuentas, para

- 1 En 1997 fui comisionado por PromPerú para ofrecer una breve reseña en alemán a un grupo de empresarios germanos que visitaba nuestro país. En apretada síntesis tuve que recorrer las estaciones principales de nuestra historia. Dos años después fui invitado (por el IEP y PromPerú) a participar de una serie de jornadas de capacitación de docentes, que empezó en la ciudad de Ayacucho. Me pareció oportuno tomar el texto de los empresarios alemanes y reformularlo, esta vez adecuándolo a las preocupaciones y vacíos propios de la enseñanza de la historia del Perú. El resultado es un texto que, bien mirado, es marcadamente tributario de un estupendo ensayo que Franklin Pease publicase en 1978, como uno de sus capítulos del libro *Del Tawantinsuyu a la historia del Perú*. El ensayo se llamó "Derroteros Andinos" y sentó las bases del pensamiento de la historia andina en términos de larga duración. Por cierto, los errores que el lector pueda encontrar en el texto que ahora presento son de mi entera responsabilidad y en nada atribuibles a tan querido profesor. Al publicarlo, he querido mantener el tono de charla de capacitación docente, una tarea que Franklin siempre animó y en la cual todavía nos falta cruzar umbrales

marcar conciencia. En efecto, el brillante Zavalita se preguntaba (y con él, todos) en qué momento se había jodido el Perú.

Por décadas la visión generalizada del pasado peruano, ciertamente limitada al periodo republicano, ha fluctuado entre esos extremos: la promesa y el fracaso. De ahí en adelante ser peruano se convirtió en algo complicado, digno de análisis complejo. En pocos países como el Perú de 1970 en adelante se hicieron preguntas, algunas de ellas muy prácticas, sobre el concepto de identidad. Cuando llegó 1980 y con la década, también la subversión, de promesa ya no habló nadie y lo de identidad se redujo a nosotros contra ellos. Al igual que un sector de la opinión pública, la corriente cuestionadora, por su parte, vivió los doce largos años de terror arribando, prácticamente, a una conclusión fatal: el Perú estaba a punto de ser desmembrado y dividido entre sus vecinos. No ha sido así. El Perú sigue siendo uno, los cabecillas del terror han sido puestos entre rejas y desde ese a veces lejano 1992, nos encontramos transitando la difícil ruta que va de una bala silenciada a un país pacificado.

Pero esa situación representa un dilema. Y para los peruanos en general un drama. Dilema, pues al momento de interpretar casi cualquier momento de nuestra historia, nos encontramos ante la disyuntiva de dilucidar qué hay de promesa y qué de fracaso. Transmitir la sensación de que hasta las etapas más oscuras de nuestra historia muestran aspectos alentadores y promisorios, o revelar la dimensión en la cual durante momentos aparentemente muy prósperos o prometedores se incubaba el germen de la desunión o el enfrentamiento. Y esto constituye una responsabilidad del más alto nivel. Drama, porque hoy comprobamos que apenas se calla el ruido de los fusiles, se escucha el sonido de los estómagos vacíos. Y porque nos falta mucho para completar el camino que va de la simple pacificación a la integración nacional.

Un pasado mejor iluminado

Y vamos conociendo más de nosotros mismos. A veces de manera inaudita. La bienvenida presencia del Señor de Sipán, un guerrero mochica hoy de fama mundial, por ejemplo, nos puso de cara a una de las múltiples facetas de la peruanidad. Capaz de haber albergado en su seno esta corte lujosa de alto rango suntuario, esta sensualidad oriental enclavada en plena costa norte. No se diga de la súbita aparición en el nevado Ampato, sierra sur del país, de una doncella entregada al sacrificio y hoy conocida como la doncella de hielo. La así llamada momia Juanita y su sonrisa tan nuestra. Otra forma súbita de que la peruanidad remota vaya cobrando rostro.

En las últimas dos décadas hubo un importante crecimiento en el campo de la etnohistoria. Los peruanos disponemos de mejores herramientas para confrontar nuestro pasado, especialmente su componente indígena y remoto. Desde siempre los seres humanos hemos interrogado a la historia con preguntas del presente. Me pregunto si esta obsesión por los estudios andinos, por entender la racionalidad prehispánica no será, a su vez, reflejo de la necesidad de una colectividad, un país que sabe que sin la cabal comprensión y respeto de su raíz histórica no habrá arreglo duradero ni paz estable. De hecho, hay muchas razones para sentirse orgulloso

del trabajo de nuestros antepasados. Pero esta visión de un pasado glorioso contrapuesto al presente de postergación no debe servir para alimentar fatalismos. Sí puede ser el sustento para reflexionar en torno a lo mucho que nuestros pueblos podrían progresar si hubiese una integración dinámica entre los seres humanos entre sí, y entre los seres humanos y el medio ambiente que los rodea. Y atención, el pasado remoto es grandioso y espectacular al margen, totalmente al margen de los incas. Aunque el Inca siga siendo vital.

Si algo hemos avanzado es en reconocer que el término “inca” alude a una aparición tardía y poco duradera en el devenir cultural prehispánico. Con todo lo grandiosa que pueda ser la memoria de los Incas del Cuzco, el conocimiento que los peruanos tenemos del pasado remoto se ha enriquecido enormemente en el ámbito concerniente a lo preincaico. Los mantos de Paracas, la trepanación craneana, el desafío al conocimiento que representan las líneas trazadas en la pampa de Nazca, el lanzón de Chavín y sus galerías... todo representa sólo la punta del iceberg, una escala en la progresión iniciada a lo mejor dominando el nomadismo, aprovechando las lomas en la costa, administrando sabiamente el agua en andenerías serranas, dominando la irrigación y alcanzando pronto el refinamiento de una sociedad compleja. Hemos avanzado mucho en el conocimiento de la especificidad preincaica. Y sin embargo sigue siendo cierto que el Inca, que creó muy pocos de los elementos culturales del antiguo Perú, sí supo emplearlos a una escala inesperada, no vista antes y que permitió el crecimiento súbito y descomunal de lo que hoy recordamos como el Tahuantinsuyu.

El propio estado inca ha sido objeto de diversos estudios, alimentados por una edición más acabada de las crónicas y por el ingreso productivo de otro tipo de fuentes al taller del historiador, entre ellas las visitas coloniales tempranas. Así, hemos sido capaces de reconstruir algo de la vida provincial incaica y tenemos una visión más acabada de la organización familiar y sus vinculaciones con el poder local y el poder estatal. Las conclusiones tienen casi el sabor de enseñanza presente o lineamientos para el futuro. En el fondo una aproximación al pasado remoto, en el caso de la historia del Perú, trae consigo un mensaje de esperanza. Y ese sentimiento tiene menos que ver con la lírica de un pasado grandilocuente que con el desarrollo de un sentido práctico. No solamente hablamos de mensajes de aliento relativos a la refinada organización social de ese Perú remoto, hablamos también de aspectos tecnológicos vinculados a la producción de bienes y su almacenamiento que, felizmente, pueden ser adaptados a las condiciones presentes. En simple: porque no hemos perdido la memoria seguimos siendo futuro.

Cuando se mira el pasado remoto se tiene la impresión de que el concepto patria se compone, también, de inmensas piedras que nunca serán descifradas. Pero hay mucho más en esas piedras, más en los aires y más todavía en todo lo que recientemente la comunidad científica ha sido capaz de iluminar, en un tema tan crucial como el funcionamiento del Tahuantinsuyu. A la hora de examinar la expansión del Inca y los recursos financieros necesarios para hacer posible semejante expansión, se comprueba que el recurso más importante al alcance del Inca era la población. Más propiamente, la riqueza productiva de esa fuerza de trabajo por su medio concertada.

La capacidad imaginativa para concertar la fuerza productiva de la población (tema crucial en la agenda peruana contemporánea) representaba entonces el impulso inicial a partir del cual se pudo articular lo que los economistas de hoy llamarían el “milagro inca”. El recurso financiero más importante a la hora de solventar los costos de esa expansión incaica estaba representados por los seres humanos. Y esa observación resulta de la mayor importancia, por cuanto quinientos años después ese recurso vital sigue presente. La riqueza del Perú sigue siendo su gente. Semejante constatación resulta de la mayor importancia y debe servir de guía a nuestras reflexiones. La riqueza del Inca era su gente. Y basta mirar a nuestro alrededor para darnos cuenta de que no nos hemos muerto y de que si hemos sobrevivido será, en una de esas, porque todavía se puede reordenar nuestro país.

Otro tema vinculado al Tahuantinsuyu que ha destacado por encima de los demás y cuya resonancia trae consigo un mensaje claro para el presente, alude al sistema de almacenamiento inca. Gracias al trabajo de los arqueólogos estamos en condiciones de afirmar que muchos de los depósitos incaicos podrían ponerse operativos nuevamente y contribuir poderosamente, esta vez con las comunidades andinas en el rol protagónico, a relanzar la economía campesina en base al manejo racional de excedentes. Los depósitos del Inca son grandes construcciones de piedra con capacidad para almacenar entre 14,000 y 23,000 metros cúbicos, emplazados en las laderas y orientados a captar el frío intenso mediante ventanales alargados colocados en su parte superior. Empleando estanterías, los antiguos peruanos obligaban al frío extremo a serpentear dentro del recinto, de tal manera que el depósito funcionaba como un radiador natural. Toda esa tecnología es perfectamente recuperable y representa una ilustración de las enseñanzas que depara, todavía, lo mejor del conocimiento de los antiguos peruanos.

La tecnología antigua y propia representa un potencial que me gustaría poder desarrollar en otra ocasión y dentro de una propuesta integral y global. La posibilidad de poner a funcionar nuevamente los depósitos incaicos es real. Pero resultará sensata solamente en un mundo en el que seamos capaces de producir amplios excedentes que se puedan almacenar. Eso es posible, aunque desarrollarlo nos aparta del hilo conductor de esta comunicación. Me limitaré a señalar que se han hecho grandes avances, por ejemplo, en el importante campo de la producción y cultivo de la semilla sexual de papa.

El contacto compulsivo

Otro gran foco de atención histórica que ha encontrado mejor iluminación es el relativo a la caída del Tahuantinsuyu y al establecimiento de la sociedad colonial. Este capítulo estelar, llamado por igual conquista o invasión, representa en muchos sentidos la partida de nacimiento del Perú como lo conocemos. De la revisión de ese drama familiar también emanan enseñanzas. En primer lugar que la conquista fue un enfrentamiento de indios contra indios. La idea de que un puñado de valientes a caballo pudo, con su sola presencia, paralizar a miles y miles de familias bien equipadas, pertenece a la cosecha de la historiografía romántica del siglo XIX y ha costado algo modificarla. Se ha avanzado. Hoy sabemos que Pizarro y los suyos no habrían podido avanzar sin la ayuda de los indígenas. El colaboracio-

nismo indígena, tema sobre el que hay abundantes evidencias, resulta hoy un aspecto de aceptación general y contribuye a poner las cosas en perspectiva.

Este aspecto de la conquista y la colaboración indígena me parece de la mayor importancia. Porque de todas las posibles distorsiones de nuestra historia, ninguna es más perniciosa que esa desafortunada idea de que un puñado de blancos a caballo bastó para dominar a miles y miles de indígenas. Esa distorsión ofende a nuestros antepasados hispanos, ofende a nuestros antepasados indígenas. Y vuelve al peruano un acomplejado en potencia.

Otro elemento central de una renovada visión del viejo desencuentro señala, con precisión, que lo conquista no fue solamente una empresa bélica. Más bien, y mirada en su conjunto, lo que se ha dado en llamar conquista era ante todo una empresa económica. Esto se ha podido comprobar tanto a nivel del manejo directo del emporio comercial Pizarro o del estudio detallado de la vida y empresas de españoles que alcanzaron a ser muy prósperos encomenderos. Bajo el ropaje usual del conquistador albergaba el poder notarial respaldado por firmas sólidas y altos intereses comerciales. Desde muy temprano. Sin embargo fue preciso aguardar unos años a que se asentase la pacificación tras la caída del Inca. Por un lado estaban los sectores indígenas minoritarios que persistían en desconocer la autoridad de los vencedores. De otro lado estaban los propios españoles disputándose entre ellos las así llamadas encomiendas, entiéndase que disputando el acceso al uso y abuso de la fuerza de trabajo indígena. Luchaban por controlar el activo más importante del Inca o del Perú de hoy: su gente.

Se dice que la política es la continuación de la guerra por otros medios. Del mismo modo puede sostenerse, a la hora de ver el siglo XVI peruano, que la encomienda fue la continuación de la conquista por otros medios. Si venimos repitiendo que la riqueza del Inca era la gente, queda claro que acabada la repartija del rescate y otros botines, la cuestión central, en términos del poder, era el control de la gente y la riqueza de su fuerza de trabajo. La institución llamada a articular ese control fue la encomienda de indios, una institución a cuyo estudio he dedicado buen tiempo.

Si decimos que la conquista fue una empresa económica, diremos también que se trató fundamentalmente de una empresa privada. Los capitanes y sus hombres empeñaron su propio capital en el proceso de conquista. Muchas veces un capital financiado por grandes casas comerciales. Pero privado, en todos los casos. Es por eso que la corona, una vez establecido el dominio español en el Perú, se vio forzada a otorgar las encomiendas. Por medio de una encomienda, un grupo de familias indígenas quedaba bajo la jurisdicción y dominio de un español, al cual se le recompensaba por el gasto sufrido.

Planteadas así las cosas, la encomienda pasó por tres etapas importantes. La primera, que va de 1533 a 1548, la he llamado de contacto compulsivo. La etapa del "todo vale", de la extorsión constante. Los aspectos más negativos de la leyenda negra de la conquista están asociados a esta etapa. También las así llamadas guerras civiles del Perú. Fueron enfrentamientos entre los Almagro y los Pizarro, y entre sus sucesores, por controlar la fuerza de trabajo indígena.

La corona intentó algo así como nacionalizar la encomienda, al decretar las Leyes Nuevas de 1542 y el resultado fue la gran rebelión de Gonzalo Pizarro, que de-

safió por años el poder del rey en el Perú. Al final Gonzalo fue vencido, aunque para derrotarlo la corona tuvo que aceptar la continuación de la encomienda. Pero se trató de una encomienda distinta. En ella, los encomenderos no podían extorsionar sin límite a sus encomendados. Existía una tasa de tributo, elaborada a iniciativa de Pedro de La Gasca. Esta etapa duró de 1550 a 1570 y la llamo la etapa de la tasación tributaria. Al término de esta etapa y a iniciativa del virrey Toledo, el tributo se tasó en una cantidad monetaria que percibía el encomendero y de esta manera se los privó de gran parte del poder político y del mundo económico. En adelante los nuevos dueños del Perú serían los corregidores.

Las guerras de los encomenderos estaban apaciguadas hacia 1550. Apaciguar la resistencia indígena y establecer el orden tanto en el campo como en las recientemente creadas ciudades fue, sin embargo, menos fácil, tomó más tiempo. Recién hacia 1570, con las reformas del virrey Toledo, el quinto virrey de una larga serie, puede decirse que quedaron firmemente establecidas las bases del Perú colonial. Las reglas de juego establecidas por Toledo, resumibles en la monetarización de un tributo que antes era entregado en servicio personal o mercancías concretas, se mantuvieron vigentes por más de dos siglos. Sin que ello suponga que los largos años de la era colonial hayan sido, digamos, aburridos, sin mayor cambio, como con el tiempo suspendido en ese remanso llamado la arcadía colonial.

El peso de la tradición como género literario y la sin par inclinación nacional por la devoción contribuyeron a acuñar una imagen de la arcadía colonial, como de tiempos inmemoriales en los que ocurrían pocas novedades. A lo mejor la aparición de una santa o un santo de culto extendido y popular. A lo mejor la inesperada presencia de un pirata de nombre extraño queriendo arrojar sombra sobre la bahía de Lima o, digamos, la notoriedad de alguna actriz amante de un virrey. Santa Rosa, San Martín, la Perricholi y nada más. Los estudios de historia económica colonial, un campo fértil, han contribuido a dejar esa imagen de lado. La sociedad colonial fue una sociedad muy dinámica, de cambios dramáticos, ascenso social y permanente apertura de nuevas fronteras, cargada con la creación de nuevos circuitos comerciales, orientada a la producción de grandes cantidades de bienes y mercancías que debían circular por los nuevos nervios de la administración colonial del Perú.

Ya clásicos del pensamiento europeo, empezando por Karl Marx, han contribuido a reconocer la importancia del flujo de metales preciosos que emanó del Perú a consecuencia de la conquista y el subsiguiente establecimiento de un régimen de intensa explotación minera. Representó la base real para el largo proceso de acumulación capitalista y contribuyó poderosamente al establecimiento del mundo tal y como lo conocemos. Hoy que el término globalización empieza a circular por todas partes, puede verse el siglo XVI como el escenario de uno de los primeros capítulos, acaso el más importante, de dicha globalización. Y se puede destacar el rol vital que el Perú desempeñó en ese capítulo. Al mismo tiempo y por su ubicación en la cuenca del Pacífico, el Perú puede aprovechar en el próximo milenio sus ventajas comparativas y prosperar. Siempre y cuando el núcleo humano del estado inca, la población quechua-hablante, pueda integrarse activamente a ese nuevo mercado, a ese nuevo futuro. No bajemos los brazos en ese propósito.

La clave de un diseño

En su concepción general, el diseño de sociedad que acuñaron las reformas toledanas asumía una concepción dual de la sociedad. Por un lado la república de españoles, por el otro la de indios. Alcaldes para indios, alcaldes para españoles, corregidor de indios, corregidor de españoles. Impuestos para españoles, impuestos para indios. Si, como empezaron a decir los observadores ingleses, la riqueza de las Indias eran los indios, el régimen de recaudación tributaria, monetarizado por el virrey Toledo, determinó la naturaleza fiscal del estado colonial. El tributo indígena representó la fuente central del costoso estado virreinal.

Por eso, en este punto resulta imperativo volver a admirarse del grado de riqueza que había alcanzado el régimen económico indígena. Como se sabe, la corona española diseñó políticas similares para México y Perú. En México también se hizo una tasación de la Nueva España, comparable a la visita general del virrey Toledo. En ambos regímenes coloniales se monetarizó el tributo. La diferencia es que mientras cada unidad doméstica mexicana tributaba en promedio dos pesos, en el caso de los tributarios peruanos el monto de la contribución solía colocarse en seis pesos y a veces por encima.

Y hay más. Porque Toledo y sus contemporáneos señalaron que al establecer esa tasa dejaban al tributario premunido de recursos materiales y en condiciones de hacer prosperar esa riqueza. A punto tal que Toledo preveía la existencia de una ganancia y por ello había consignado la caja de comunidad. Y era así. Fue así. La prueba está, entre otros indicios, en la cantidad de indígenas que desfilaron ante los notarios vendiendo y comprando bienes. Incluso están los casos notables de miembros de la elite indígena que acumularon una gran ganancia bajo el sistema toledano. Algunos gozaron del privilegio de poseer haciendas, minas, obrajes, barcos y demás signos exteriores de riqueza.

Otro indicador. Pocos años después de las reformas toledanas, un nuevo virrey dispuso que las utilidades de la comunidad no se depositaran en las cajas de comunidad sino en las cajas reales, una suerte de Banco de la Nación. Pasaron muchos años hasta que en la década de 1630, algún funcionario se tomó la molestia de calcular cuánto se debía a las comunidades por concepto de esa cuenta. Ascendía la suma a más de un millón de pesos en efectivo. Un patrimonio que solamente podría haberlo tenido una orden religiosa, aunque incluyendo bienes raíces. Una vez más se encuentra expresada la capacidad, la riqueza de nuestras comunidades indígenas. También encontramos evidencia de la capacidad de un Perú para timar y engañar al otro Perú. Semejante grado de desigualdad suele ser aludido como "el nudo colonial". Este concepto es muy importante pues por más promisorio que sea el panorama económico a largo plazo, si no se ha resuelto en parte ese nudo colonial, si no damos a todos los peruanos la misma oportunidad, no habrá un arreglo duradero.

En síntesis, lo más importante de esta renovada visión consiste en comprender que no es totalmente cierta esa idea de que una vez instalados los españoles, en el Perú se inauguró un tiempo de oscuridad y miseria para nuestros antepasados indígenas. Nadie niega las atrocidades de la mita minera o los abusos de los corregidores. Pero cuando se escarba los documentos contables, uno descubre que fueron

muchas las familias indígenas que encontraron formas de resistir, sobrevivir y aun multiplicar sus recursos bajo el nuevo orden colonial. Esa imagen, disculpen la expresión, de que el Perú está jodido hace siglos, para citar nuevamente a Zavalita, no es tan cierta. Lo que sí no se puede discutir es que en el último medio siglo se ha instalado un desequilibrio que es urgente resolver. Pero no estamos históricamente condenados a ser pobres. Mucho menos en el campo, o a las puertas de un milenio de ventajas comparativas que podemos aprovechar creativamente. Una vez más, en medio del presente aroma a fracaso se levanta el probable aire de una promesa. De nosotros depende. Tratemos de formar jóvenes informados y no individuos derrotados de antemano.

Emancipación y oportunidades

Antes de abandonar esta mirada breve a la sociedad colonial, conviene recordar que ella misma representó un reto para su época. Con arreglo a los parámetros del siglo XVII, por ejemplo, las ciudades de ese Perú colonial y sus sociedades eran modernísimas. Potosí se acercó a la marca de los cien mil habitantes. Estaba entre las tres ciudades más pobladas del mundo de esa época. Por encima de Tokio y apenas dos miles por debajo de Londres. Con el agregado de un detalle muy importante. Potosí estaba ubicado en un lugar donde la tierra no produce mayor producto de panllevar. La inmensa cantidad de alimentos, ropa y demás mercancías que se precisa para el funcionamiento cotidiano de una urbe de cien mil habitantes tuvo que ser cultivada, confeccionada o producida a muchos kilómetros de distancia. El reto de esa misma producción y el desafío de su transporte hasta el altiplano fue asumido, y de manera muy exitosa, por la sociedad peruana colonial. Otra vez la fuerza de trabajo concertada, como elemento central, aunque esta vez para el fin declarado de abastecer una ciudad capaz de llevar adelante la explotación minera más importante del mundo.

¿Cómo enfrentó la sociedad peruana la difícil coyuntura de la emancipación política de América Latina? Mal. Las reformas del estado colonial que llevó adelante la casa de los Borbón se conocieron como las reformas borbónicas. Ellas tuvieron lugar a mediados del siglo XVIII y abrieron condiciones, por ejemplo, para el florecimiento de puertos como Valparaíso o Buenos Aires. Al liberalizarse el comercio ganaron muchos puertos, pero el Callao, y con él los comerciantes limeños, perdieron la primacía de que gozaban en estas latitudes. La reforma generó especial presión en los mercados rurales del Cuzco y el Alto Perú, donde el régimen de reparto forzado de mercancías se vio ante la competencia de productos venidos de puertos atlánticos. El comerciante limeño llegaba a Puno, Arequipa o Cuzco, por ejemplo, y tenía que competir con productos llegadas desde Buenos Aires o Valparaíso. No podía. Salvo que apretase de manera más considerable ese nudo colonial al que hemos aludido. Entonces una chispa encendió la pradera: fue la rebelión de Túpac Amaru.

Él mismo un acaudalado comerciante, José Gabriel Condorcanqui rompió su amistad con el corregidor —antes le había hecho su compadre— y lideró una revuelta que pasó de una queja local, de un reclamo fiscal, a un cuestionamiento de la supremacía española en el Perú. En el curso de ese tránsito, José Gabriel terminó

convirtiéndose en el Inca Túpac Amaru II y su muerte, llena de prodigios y tormentos, marcó de manera decisiva esa hora de la peruanidad. De hecho, considero que el desenlace de la gesta de Túpac Amaru II inhabilitó al Perú —y de qué manera!— para transitar exitosamente la difícil coyuntura de la emancipación política.

Resumiendo una reflexión, puede decirse que la sociedad colonial estaba acunada sobre la base de un Perú urbano y criollo y un Perú rural e indígena. El drama de la coyuntura emancipadora peruana (1780-1821), y en esto sigo puntualmente a Basadre, consiste en que Túpac Amaru planteó la independencia de un Perú sólo rural e indígena, y San Martín y Bolívar formularon una independencia del Perú urbano y criollo únicamente. De ahí el reto pendiente de integración democrática, mal vivido en el siglo XIX y por definirse todavía al cerrar el XX. Adicionalmente debe considerarse el hecho de que ambas gestas emancipadoras, la del sur comandada por San Martín y la que luego llegase del norte al mando de Bolívar, eran extranjeras.

Una integración pendiente

Esto generó un peso que la joven república tuvo que sobrellevar con una concesión territorial tras otra. Pero también vivió en alerta ante el indio rebelde. Se generó un grado de desconfianza hacia el indígena que cobró su precio en la guerra con Chile. De hecho no había equilibrio. Cuando San Martín declaró la independencia en 1821, el ejército realista se fue a la sierra y floreció en ella. El drama lo vive un Perú enfrentado a otro Perú. Esto es algo que nos ha costado entender. Cuando hace unos años, un grupo de periodistas fue asesinado en Uchuraccay, una comunidad iquichana, salió a la luz un documento suscrito por los iquichanos y uno de los caudillos tempranos de la república. Y se presentaban autónomos, suscribiendo acuerdos entre “la nación peruana y la nación iquichana”. Como se ve, el reto de la integración permanecía (y permanece) pendiente.

Estamos ante un hecho de la mayor importancia y frente al cual los historiadores estamos todavía, como se dice, “al debe”. Falta explicar las razones por las cuales mientras San Martín proclamaba la independencia en Lima, la sierra, esta sierra, se declaraba leal al rey y enemiga de los patriotas. Algunos teóricos han señalado que en la sierra se produjo, frente a la emancipación, algo así como una reacción antimodernizante. Pero esa explicación no es suficiente para un país pendiente de integración. Además, la fractura costa-sierra se mantuvo durante gran parte de las luchas de los caudillos del siglo XIX. Si nos olvidamos de los nombres, veremos que casi siempre se enfrentaron liderazgos serranos con liderazgos costeños. Es cierto que a veces se produjeron alianzas entre diferentes sectores de ambos liderazgos. Pero la definición, desde Ayacucho al encumbramiento de Castilla, se dio siempre en la sierra.

Las oportunidades de integración de ambas esferas del país quedaron de lado durante el XIX. Las figuras del caudillaje local y el caciquismo político cobraron mayor importancia al articularse un interés personal de ciertos miembros de la elite, con el rechazo antimodernizante de la población. Un elemento ilustrativo de este desbalance se encuentra en una historia alusiva a la construcción de ferrocarril-

les. Terminada la bonanza de la minería de plata y reducido el tributo indígena hasta desaparecer, el ingreso central del estado peruano se vio sólidamente solventado con los ingresos provenientes de la exportación de guano. Guano por ferrocarriles. Esa era la fórmula para modernizar al país y se construyeron vías férreas a muy alto costo. "Si en Europa el ferrocarril transporta progreso, acá creará lo que no existe". Así se expresaban los optimistas.

Si miramos el trazo de la línea férrea, resulta claro que para subir al complejo minero de La Oroya, puede resultar más conveniente subir por el norte, por Huaura hasta Huánuco, por ejemplo. Hoy sabemos que una de las razones para desviar la ruta y no pasar nunca por Huánuco fue la voluntad expresa de los Durand, famosos caudillos huanuqueños. Más allá de los cambios que hubiera experimentado este departamento, a los caudillos les incomodaba que el ejército estuviera a tan pocas horas de tren de ellos. Así de imbricada es la trama en nuestras naciones de Latinoamérica, y el Perú no es la excepción.

Si el gobierno de Castilla representa el primer intento de liderazgo sólido, el de Balta la bonanza sin par de las ventas del guano, y el de Pardo la incursión del civilismo en la política... la Guerra con Chile volvió a desnudar nuestra endeble integración. Grau y Bolognesi constituyen precisamente ejemplos extremos de heroicidad individual, algo que solamente se vuelve necesario allí donde la sociedad, civil y militar, coloca a sus miembros en condiciones de inferioridad y desprotección. Aproximaciones frescas al tema de la guerra con Chile revelan hasta qué punto una crisis bélica se traduce, de inmediato, en una crisis social en el Perú. Y otra vez tenemos la reacción diferenciada. Mientras en la costa se acuña el término: "¡mamita, los chilenos!", en la sierra se dice —yo lo he oído en mi infancia— "¡miserable chileno!". La sierra continúa combatiendo una vez que la costa bajó los brazos. Digan lo que digan, nadie podrá negar que el ejército chileno entró a Lima a pedido del alcalde limeño de ese entonces. Porque el desorden social era tal que habían empezado los saqueos y ninguna fuerza peruana podía garantizar el orden y el respeto a la propiedad privada.

La reconstrucción nacional fue dura y su figura principal, el mariscal Cáceres, terminó desgastándose en el gobierno. Como si la guerra no hubiera terminado, la oposición a Cáceres fue liderada por Nicolás de Piérola y su legendario caballo blanco. Esta vez Piérola y los suyos marcharon hasta Lima y el combate de 1895, conocido como el de Cocharcas, dejó seiscientos muertos. Una cifra espectacular para las dimensiones de la época. Al venir el nuevo siglo se estableció lo que se ha llamado la República Aristocrática. Bajo el imperio del segundo civilismo se fueron alternando, por fin, un gobierno elegido tras otro.

Hasta que llegó Leguía con su patria nueva y un intento de modernizar el país. Durante el siglo XX hubo dos grandes intentos por abreviar la brecha que separaba al Perú rural e indígena, del Perú urbano y criollo. Dos intentos modernizantes de diverso discurso. El del presidente Augusto Leguía, quien gobernó el país por once años, y el del general Juan Velasco Alvarado y el así llamado modelo de la revolución peruana, extendido por doce años. Lo que preocupa es comprobar que luego de Leguía se viene lo que se llamó el año de la barbarie. Con la matanza brutal entre apristas y militares. Y luego del gobierno militar de la Fuerza Armada, aparece el senderismo por todos conocido.

En esta apretada visión de un pasado tan cargado como el nuestro, he procurado destacar el rol del elemento que sigue siendo el más importante. Los seres humanos, la gente del Perú, la capacidad de concertar esa fuerza de trabajo y elaborar la base para modelos económicos muy exitosos. El país mismo tiene ante sí la agenda de una reconciliación nacional. Y en el emergente nuevo orden de cosas deberá considerarse como prioritario el desarrollo del campo. Promover políticas que reconcilien a los seres humanos con sus pueblos. De resolverse ese problema, la fuerza de trabajo del pueblo peruano —probada por milenios— se encuentra lista para ser concertada y producir riqueza que se pueda acumular. Aprovechando las ventajas comparativas que tenemos frente a la sociedad globalizada. Integrando a ese nuevo orden, de manera creativa, al sector considerado más tradicional y retrasado. Entonces la paz será estable y los proyectos longevos.

No olvidemos que somos un país de sangres encontradas. Me veo forzado a cortar acá, pero ha quedado claro que si miramos nuestra historia a la luz de los siglos, podremos comprobar la existencia de algo así como dos ríos profundos: el Perú rural e indígena, el Perú urbano y criollo. El crecimiento demográfico brutal de este siglo y el hecho de que el DDT haya levantado la barrera ecológica que significaba la malaria, han determinado que ambas aguas se entrecrucen de manera dramática. El resultado ha sido la ola masiva de migraciones y la aparición de ciudades descomunales como Lima, Trujillo o Arequipa. Hoy mismo puede decirse que la ciudad peruana donde más provincianos viven es la capital limeña. Las tensiones y posibilidades que este intercambio abre son todavía materia de estudio. De momento constituyen para nosotros parte de la vida cotidiana, parte de las dificultades que debemos sobrellevar en un mundo con valores cuestionados y donde la enseñanza, espectacularmente desatendida, cobra mayor importancia.

Me habría gustado terminar en una nota más optimista, pero vivimos tiempos difíciles. Solamente quiero pedirles que recuerden que somos un país que de acuerdo a los expertos internacionales debería haber desaparecido varias veces. Y acá estamos. Tratando de mantener en alto las andas de la vida y la promesa de un país de sangres integradas, luchando por ser un país en el que amanezca por fin, en el que salga la aurora y se oiga nuestra voz. Un país sin exclusiones.